

¿De verdad estoy aquí bromeando con Magris?

Sexto Piso

Eduardo Rabasa

SEXTO PISO ES UNA EDITORIAL INDEPENDIENTE que nació en 2002 en la Ciudad de México. Nuestro catálogo tiene una vocación cultural y un fuerte énfasis en las traducciones. Idealmente buscamos publicar libros de calidad que no sean coyunturales y que tengan un buen público. Lo que nos distingue de otras editoriales es que en Sexto Piso no priman los objetivos comerciales.

De las cuatro personas que fundamos la editorial, sólo quedo yo. En principio éramos Rafael López, Francisco de la Mora, Luis Alberto Ayala Blanco y yo. Luis Alberto fue el primer editor, los primeros cuatro años. Todos éramos de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, y Luis Alberto era nuestro maestro. Por diferentes razones los tres se fueron saliendo, y entraron nuevas personas. Ahora somos mi hermano, Diego Rabasa, Felipe Rose-tte y yo. Hubo una especie de cambio generacional.

El nombre de Sexto Piso surgió de una broma. No queríamos un nombre pomposo. Íbamos a publicar textos hasta cierto punto “elevados”, serios, pero no queríamos que eso se reflejara en el nombre, no queríamos un nombre académico o erudito. Uno de los socios fundadores, Rafael López, tenía una frase: “Prefiero tirarme de un sexto piso antes que...”. Nos pareció muy divertido, sobre todo al pensar en el logo: alguien tirándose de un edificio.

Siempre digo medio en broma que fundamos Sexto Piso por inconsciencia. Aunque teníamos un gusto particular por los libros, no sabíamos nada del mundo editorial. Luis Alberto Ayala Blanco nos daba un seminario sobre Nietzsche, y había ciertas lecturas que nos entusiasmaban mucho; nos pareció que había un vacío en el ámbito de los libros que se estaban publicando sobre teoría política. Así surgió la idea. No sabíamos qué implicaba poner una editorial, ni en cuanto a dinero ni en cuanto a tiempo, mucho menos imaginábamos las dificultades de un proyecto así. Empezó de manera un tanto lúdica, lo cual se explica en cierta medida por la edad; salvo Luis Alberto que era un poco mayor, teníamos 23 o 24 años.

Tengo sentimientos encontrados respecto al origen de Sexto Piso. Aunque lo recuerdo con gusto, fue un inicio algo caótico; cometimos el error que comete mucha gente, que es enfocarse en los contenidos y autores que más nos interesaban, con cierto desdén por el aspecto empresarial. Cometimos muchos excesos, el poco dinero que teníamos lo despilfarramos, no teníamos un buen plan comercial, ni uno de difusión.

El primer libro que publicamos fue de Morris Berman, *El crepúsculo de la cultura americana*, que ya va en la cuarta edición. Siempre digo que la edición que publicamos debería utilizarse en cursos como el ejemplo de cómo no publicar un libro. Está mal traducido por mí, usamos la foto de un McDonald's en la portada, que además está chueca. La edición es horrorosa, pero supongo que era la única manera de aprender. Como no teníamos formación editorial, aprendimos de los errores.

Al principio publicábamos mucho ensayo filosófico; muy bueno, pero también muy duro, y a veces eso incluso lo trasladábamos a los libros de narrativa, que también eran buenos, pero complicados, inaccesibles. No había equilibrio, no había armonía; confundíamos lo críptico y lo árido con la calidad. Si bien es cierto que algunas cosas de calidad son crípticas y áridas, también hay libros muy buenos que son relativamente accesibles, sobre todo en narrativa. Incluso si a la hora de dictaminar un libro se dejaba leer bien, nos parecía sospechoso. Hay grandísimos editores como Roberto Calasso, que ha sido un referente muy claro para la editorial, que no tiene miedo a publicar libros que puedan ser considerados de cultura *pop*. Nosotros tuvimos cierta reticencia durante varios años, como si al ser accesibles los libros no fueran serios.

En los inicios de la editorial, no diferenciábamos el catálogo por series, era una especie de colección única. Conforme fue pasando el tiempo, distinguimos la colección de narrativa de la de ensayo. Luego tuvimos una de clásicos que ha sufrido una ligera variación; al principio eran clásicos de cierto modo raros, como la tesis doctoral de Marx, o *Las diabólicas* de Jules Barbey d'Aureville, libros magníficos que por diversas razones habían sido un tanto dejados de lado. Esa colección se ha transformado en una de clásicos ilustrados. Tomamos grandes obras del canon universal —*Moby Dick*, *Robinson Crusoe*, *El Gran Gatsby*, *El corazón de las tinieblas*—, y publicamos la versión original, encargando ilustraciones a un artista. Hace tres años inauguramos una colección llamada Realidades que tiene que ver con el periodismo. Decidimos hacer esa colección porque había temas de actualidad, periodísticos o biografías, por ejemplo, que no entraban del todo en la colección de ensayo. El año pasado comenzamos una de poesía, y una de libros para niños.

Hemos editado alrededor de 300 títulos. Intentamos que el catálogo tenga coherencia, que los libros dialoguen entre sí. Al leer acerca de casos exitosos como Anagrama, Tusquets, Pre-textos, cuyos editores casi siempre hablan de lograr la confianza del lector, confirmamos lo que intuíamos: si el sello es coherente, fiel a su identidad, los lectores confían en el sello y en el editor. El editor hace una especie de curaduría literaria, hace recomendaciones de todo lo que se está publicando. Algunos de nuestros autores son absolutamente desconocidos, pero el peso del resto del catálogo los arroja, de modo que el lector puede decidir leerlos por la confianza que tiene a la editorial.

Nos hemos abierto mucho a autores que empiezan, aunque siempre es un riesgo confiar en el juicio propio al publicar autores que descubres, porque eres el primer filtro. Por ejemplo, cuando empezamos a editar a Carlos Velázquez, sólo había publicado *La Biblia Vaquera* en Tierra Adentro. Había recibido buenas críticas, pero no era muy conocido. La escritura de Carlos es muy original, muy *sui generis*, de modo que aunque te guste, no te sientes con los elementos para valorarlo, porque no tienes ese aparato previo que te diga que ése es un buen autor. Hasta el momento, no hemos cometido ningún error que nos llevara a decir que no deberíamos haber publicado a alguien. Sí hay libros que en mi caso me habría ahorrado del catálogo editorial, pero no de este tipo de autores jóvenes que estamos publicando, a todos los volvería a publicar.

Si bien es cierto que si no estás publicando *bestsellers*, como editorial no es tan fácil sobrevivir, también es innegable que los editores tenemos una vocación muy fuerte hacia la queja: que en México se lee poco, que no hay librerías, que el sistema de descuentos distorsiona la percepción. Por supuesto que existen estos obstáculos; por algo no hay muchas editoriales independientes mexicanas que se hayan consolidado, salvo algunas como Era o Joaquín Mortiz —aunque fue absorbida por Planeta—, y en años recientes Almadía. No existe la tradición que hay en España, por ejemplo, donde hay treinta o cuarenta editoriales independientes buenas. Sin embargo, pienso que también tiene que ver con el entorno. No creo que los editores españoles sean más inteligentes que los mexicanos, sino que en España hay un entorno más favorable para este tipo de proyectos. Aun así, pienso que los principales obstáculos para Sexto Piso han sido internos, los hemos colocado nosotros mismos. Teníamos un culto al caos, al desmadre, y un desdén por el orden, por hacer las cosas bien, por respetar ciertos tiempos, ciertos procesos. Creo que es un error muy común sentir que ciertas tareas más prácticas, más empresariales, están por debajo de lo que te interesa como editor. Ése ha sido nuestro principal obstáculo, y hemos tardado años en revertir esa mentalidad. Está muy bien el interés por los libros; es lo que nos gusta y lo que disfrutamos, pero sin el correlato de la parte empresarial, no sirve de nada. Es cierto que cuesta mucho hacer un libro, que a veces es descorazonador, pero creo que si la meta es la supervivencia, o poder vivir de lo que haces, sí es posible. Si la meta es el enriquecimiento, está más difícil.

La permanencia de Sexto Piso tiene que ver en parte con una apuesta por cierto tipo de catálogo. Más que considerar cuáles son los libros que se venden y publicarlos, que es lo que hace mucha gente, lo hacemos un poco al revés. Nos preguntamos cómo lograr que los libros que nos interesan se vendan o lleguen a una cantidad suficiente de lectores para que el proyecto sea sustentable.

Como complemento a nuestra principal labor, la venta de libros en librerías, la cuestión económica la complementamos a través de apoyos institucionales como el Fonca, o un buen apoyo que recibimos de la Unión Europea, o los apoyos a la traducción de las embajadas de Francia e Italia y las coediciones con el Conaculta. Aunque nos esforzamos por vender cada

vez más y sostenernos con la venta de los libros, hasta el momento, sin los apoyos institucionales, no podríamos sobrevivir.

Tenemos distribución propia, no sólo de Sexto Piso, sino que distribuimos a 25 editoriales extranjeras: muchas españolas, algunas argentinas y un par chilenas. Contamos con equipos de venta y comercial increíbles. Sin ellos hace mucho hubiéramos tenido que cerrar.

Hemos tendido puentes con el cine, con la música, es decir, nuestro proyecto no está confinado al ámbito editorial. Me gustaría que nuestros libros tuvieran más presencia en Argentina, Chile, Colombia, Uruguay, Ecuador, Venezuela, Perú, y no sólo prestigio. Hemos puesto mucho énfasis en España, y aunque no me arrepiento, es un tema un poco problemático debido a cierto encono en México hacia el colonialismo. Desde un punto de vista más pragmático, en España es donde está la industria editorial más fuerte de los países hispanoparlantes. Fuera de connotaciones ideológicas, era muy importante tratar de implantarnos ahí.

Hay muchas cosas que me siguen sorprendiendo del trabajo editorial en Sexto Piso. Muchos de los autores que publicamos son personas que hemos admirado como lectores, y de pronto establecemos una relación de trabajo, e incluso, en algunos casos, de amistad con ellos. Acabo de volver de Los Ángeles, por ejemplo, y pasé mucho tiempo con Claudio Magris, comí un par de veces con él, y me parecía de pronto raro. Me decía a mí mismo: “¿De verdad estoy aquí bromeando con Magris, uno de mis grandes héroes literarios?”.

Uno de los primeros libros que publicamos fue *Memorias de un enfermo de nervios* de Daniel Paul Schreber, un jurista alemán de finales del siglo XIX que se volvió loco y lo internaron en el manicomio. El libro contiene sus memorias de ese delirio, según el cual Dios lo convierte en mujer para copular con él y engendrar una nueva raza. En su lucha contra Dios, Schreber muere veinte veces cada día. Es un delirio paranoide impresionante, pero muy bien estructurado. De hecho, cuando lo metieron al manicomio, le iban a quitar todas sus propiedades y él apeló. El libro es el documento a través del cual demostró su cordura y ganó la apelación; el jurado lo dictaminó como una persona coherente. Es un texto increíble, en el que Freud basó buena parte de su teoría de la paranoia. Canetti dijo que era el libro más importante que había leído. En una de las primeras ferias del libro en la que

participamos, teníamos nuestro *stand* en la plancha del Zócalo, y llegaban muchos chavos *dark* a comprarlo. Se nos hacía raro, porque asociábamos el libro con una cuestión técnica, académica. Le preguntamos a uno de ellos por qué les interesaba, y nos respondió que Schreber era un icono para ellos porque había desafiado a Dios y entablado una lucha a muerte con él. Obviamente ellos no lo estaban leyendo desde un punto de vista teórico, ni técnico. A raíz de eso nos dimos cuenta que un libro puede tener lecturas en todos los niveles, y no limitarse a una pequeña elite cultural. Nos gusta pensar que esta anécdota recoge el espíritu editorial de Sexto Piso.